

Las letras del olvido

Jose Campoy Delgado

POY
ADO

las

LETRAS *a*

0



Capítulo 1

Los días pasaban como las páginas de un libro, y las noches se esfumaban como la bocanada de un cigarro. Así ganaba una pequeña fortuna y perdía el rumbo de mi vida.

Desde que era pequeño, me deslizaba entre las historias que llegaban a mis manos y devoraba todo tipo de libros. Inventaba cuentos que luego narraba a mis amigos, y participaba en concursos literarios para seguir escribiendo.

Siempre he preferido el género literario de la intriga y el misterio, aquel que te atrapa desde la primera página del tomo hasta la última. Esas enrevesadas historias con toques de terror que justo en el final, propiciaban un inesperado giro de los hechos. Las novelas que combinan estos factores con el romance, el humor, la aventura y la historia eran para mí, la combinación perfecta. Pero nada que ver con la temática policiaca en sí, en la que normalmente no existe caso que se resista a la innata y particular inteligencia e intuición de un excéntrico detective. Los grandes misterios se esconden en lugares y personas cualquiera.

Entre clásicos y contemporáneos, crecí leyendo a autores de todo el mundo y alimentando mis propias ganas de escribir. Acabé mis estudios cuando consideré que disponía de lo justo y necesario para poder emprender mi propio camino autodidacta.

Así pues, a la edad de veinte años comencé mi carrera literaria, que traería consigo una vida austera y una infinidad de historias por narrar.

De forma casual y sin yo buscar tal suceso, el amor me encontró a mí. Nunca he creído en las perfecciones, sobre todo referentes al ser humano, pero si es cierto que existe la perfección estoy seguro de que se trata de *ella*. Era una joven de cabello dorado y tez blanca como el mármol, poseedora de una exquisita belleza, portadora de mis ilusiones, dueña mis anhelos y fuente de inspiración de mis palabras. Hasta su nombre parecía sacado de una novela.

Se llamaba *Delia Wendy*. Todo en ella era literario, la persona que siempre había leído en esas historias que conjuraron mi infancia y forjaron mi madurez.

Tras años de intenso noviazgo, nos casamos un veinticinco de octubre y nos fuimos a vivir a una modesta casa a las afueras de la ciudad. Ella abrió su propio negocio, una consulta de psicología en el centro, y yo me ganaba el pan diario escribiendo relatos e historietas para los periódicos locales. Vivíamos sin lujos y con lo puesto, como se suele decir. Delia y yo no necesitábamos más de lo que teníamos, aunque eso fuese nada. Lo

más valioso que poseíamos ambos era nuestro amor, y no íbamos a permitir que otro tipo de carencias materiales lo hiciese añicos. Así de feliz fui en mi principio literario.

Delia se sentía satisfecha y feliz con su trabajo y con la importante labor que desempeñaba en la ciudad. Tenía muchos pacientes y su clínica gozaba de popularidad. Todas las noches me contaba las peripecias que vivía en su día a día en el trabajo. A pesar de que ella como psicóloga debía guardar silencio profesional sobre las vidas y secretos de sus pacientes, se saltaba la ética y me contaba los casos más particulares. A decir verdad, algunos de sus pacientes parecían formar parte de tenebrosas tramas y delirios mentales. Especialmente, recuerdo un par de casos que me llamaron la atención.

El primero de ellos, sobre una de mujer de sesenta años que estaba convencida de que todas las personas de su entorno atentaban contra su vida, bajo el pretexto de que deseaban arrebatarle sus riquezas. Al parecer, a la mujer le había tocado la lotería en un sorteo jugado hace treinta años y ganó toda una fortuna junto a su marido. Durante un r de años viajaron y vieron mundo, disfrutaron del dinero. Después construyeron el hogar de sus sueños, una casa enorme de dos plantas en la que se criarían sus dos maravillosos hijos, y juntos vivirían una feliz vida. A los pocos años, el marido abandonó a su esposa y a sus hijos pequeños y se marchó con gran parte de la riqueza.

La esposa tuvo que criar a sus hijos sola y con el poco dinero que su marido les había dejado, el cual disminuía considerablemente. Vivieron en la austeridad y con problemas económicos, así fue como la mujer fue envejeciendo rápidamente, recordando cada día a su marido, y la fortuna que tanta felicidad les había otorgado a ambos. Los años transcurrieron y la gran casa que había construido a base de sueños y fajos de billetes, cada vez parecía más en el olvido, y la mujer con ella. Hoy en día, desquiciada, aún cree que es poseedora de grandes riquezas del pasado y que su marido va a regresar en busca de ella y la fortuna. También sospecha que toda su familia, incluidos sus hijos, los únicos que permanecen con ella, pretenden asesinarla para poder así robarle el dinero.

El otro caso que recuerdo es el de un hombre que se había mudado hacía meses a una nueva casa en compañía de su esposa y su recién nacida hija. El hombre estaba realmente aterrorizado y en un estado de grave ansiedad porque desde la primera noche que durmió en la casa, afirmaba oír voces y llantos de niños que no le permitían conciliar el sueño. Su esposa nunca escuchó ruido alguno en la nueva casa y estaba convencida de que su marido escuchaba aquellas voces y sollozos en sueños. El hombre, presa del pánico, estaba seguro de que las voces y los ruidos no eran producto de pesadillas y creía que la casa estaba maldita. Todo parecía salir de esos relatos de terror que escribía en mi infancia, llenos

de fantasmas y criaturas diabólicas que atormentaban al resto de mis compañeros. Una noche, la mujer escuchó entre sueños un llanto al otro lado del pasillo. Se despertó sobresaltada por el susto, con el temor de que las teorías de su marido fuesen ciertas y aquellos ruidos no fuesen pesadillas.

El marido no estaba en la cama. Ella salió al pasillo y escuchó el sollozo de su hija tras la habitación infantil, bloqueada por lo que parecía una silla al otro lado. La mujer golpeaba fuertemente la puerta sin cesar, gritando y llorando, preocupada por la vida de su hija. Consiguió abrir la puerta tras varias patadas, derribando la silla al otro lado.

Su marido, sentado en el suelo, sostenía al bebé en una mano y un largo cuchillo en la otra. La mujer entró en cólera arrebatándole la niña, y el hombre se defendía alegando que solo quería proteger a su hija de los males que habitaban en la casa.

Yo dedicaba todas mis mañanas a escribir las historias y relatos para los periódicos de la ciudad. Me despertaba, preparaba un gran termo de café para batallar el día y me ponía manos a la obra con la tarea. Narraba todo tipo de enigmas y misterios que vivían escondidos en aquella ciudad, aparentemente normal. Historias inventadas de personajes místicos que hacían del lugar, todo un mapa de leyendas, pasiones y crímenes perfectos. Parecía que a los habitantes de la pequeña ciudad les gustaban aquellos relatos que se atrevían a desvelar los ficticios secretos de su hogar. Empezaba a ganar algo de dinero con esas publicaciones, el suficiente para poder ahorrar algo y vivir dignamente con mi esposa.

Delia y yo comíamos juntos cuando ella regresaba de la clínica, teníamos una hora y media para descansar y estar un rato libres de toda obligación. Luego ella se marchaba a l trabajo y yo volvía a escribir, esta vez para mis propias obras. Las horas pasaban volando mientras yo vivía recluido en el escritorio, con la fortuna de disponer de creatividad y emoción para narrar un sinfín de historias. Llegada la noche, Delia volvía del trabajo, cenábamos y nos contábamos el día de cada uno. Ella acababa rendida al sueño antes de la medianoche, y yo leía novelas durante un par de horas más antes de ir a dormir.

Los primeros años fueron así de felices, con una rutina laboral por parte de ambos que no daba lugar a un excesivo descanso. Cada vez escribía más, y todo lo que publicaba resultaba tener una buena aceptación, lo que me motivaba aún más a seguir creando.

Los días transcurrían muy deprisa a base de tabaco y café, lo que me mantenía despierto y vivo para no dejar de escribir. Comía muy poco y no dormía más de cuatro horas todos los días, pues cada vez que lo hacía soñaba con lugares, acontecimientos y personajes que merecían ser contados. Ya apenas leía nada, mis días y mis noches empezaban

escribiendo una palabra y terminaban con otra. Yo no me daba cuenta, pero mi vida se sumergía en un pozo oscuro que rápidamente me ahogaba y del cual no tenía deseo de escapar. Salía muy poco de casa y cuando lo hacía, imaginaba historias con todo aquello que me rodeaba, cualquier lugar o persona que me inspirase a redactar luego unos acontecimientos. Recuerdo una mañana lluviosa que acompañé a Delia a la clínica para despejar mi cabeza, de camino a esta encontramos en nuestra cera un oscuro paraguas abierto boca abajo. Delia lo esquivó sin mediar palabra y yo seguí caminando sin expresión alguna, recomponiendo en mi cabeza el posible suceso que daría origen a aquel paraguas.

Le expliqué a mi esposa lo que para mí pudo haber ocurrido y ella escuchaba sonriendo de vez en cuando. Un coche negro como el tizón había seguido lentamente a un rico empresario con el objetivo de secuestrarlo y pedir una buena suma de dinero por su rescate, metiéndolo en el vehículo a la fuerza y dejando en el olvido el paraguas del empresario. O aquella vez que caminamos frente al cementerio de la ciudad y observamos la hilera de cuervos posados sobre las verjas del recinto. Le expliqué a Delia que aquellas oscuras criaturas contenían aprisionadas en su interior, las almas malignas de los muertos del cementerio.

Ella parecía estar entretenida con todas mis historias y siempre las escuchaba con total atención. Pero con el tiempo comenzó a mostrarse preocupada ante mi obsesión por narrar y encontrar aventuras donde no las había. Yo no le daba ninguna importancia al asunto, desde que era un niño me ha fascinado leer novelas, inventar historias y poder transmitirlos. La creatividad y la imaginación han sido la sombra que me han acompañado a lo largo de mi vida, y no lo contemplaba como un problema, sino como una oportunidad. Delia regresaba antes de la clínica cada noche para poder hablar conmigo del tema, decía que tratarlo con ella en un plano psicológico me vendría bien para despejar mi cabeza y descansar un poco las ideas. Yo no estaba de acuerdo, pero por ella y su tranquilidad, me ofrecía a conversar sobre las historias que tenía en mi cabeza, los relatos que creaba en mi mente y debía de reflejar de inmediato, los personajes que imaginaba y que formarían toda una narración digna de mostrar. Durante los primeros meses así fue, cada noche me disponía a contarle todas mis andanzas mentales, mis ideas, mis delirios, y ella escribía en su libreta sin pronunciar palabra alguna. Al acabar la conversación, ella siempre suspiraba, me abrazaba y me pedía por favor que me diese un poco de tiempo con la escritura. Algo así como unas vacaciones, decía. Ella cerraría unos quince días la clínica y viajaríamos a algún lugar cálido para descansar de todo libro y suceso alguno. No podía hacer eso, tenía que escribir. Lo he hecho desde siempre, es lo único que sé hacer y esa es mi vida. Cada vez que sacaba el tema de las vacaciones, le respondía que en un mes dejaría de escribir para los periódicos y me centraría únicamente en mis libros, de forma más pausada. Pasaron muchos últimos meses y yo nunca dejé de escribir, ni

para otros ni para mí. Además de que los relatos me estaban pagando mi día a día y mi casa, dejar de escribirlos sería acumularlo todo en mi cabeza y explotar.

Delia y yo nos veíamos mucho menos, yo ya no salía a cenar y me quedaba postrado en el escritorio. Coincidíamos un par de horas antes del amanecer, cuando decidía conciliar el sueño, o algo parecido. Ella dormía plácidamente y despojada de toda prenda, y yo la abrazaba sintiendo la inspiración con su mera presencia. Desayunábamos juntos sin mediar demasiada conversación y después, Delia se marchaba a la consulta. Yo dejaba de escribir cuando era la hora de comer y ella regresaba del trabajo. La hora y media que teníamos de descanso transcurría en encuentros sexuales que permitían liberarnos de nuestra pesada carga. Mi carga, sobre ella. Y la volvía a ver diez u once horas después, ya profundamente dormida en la cama.

Mi intenso ritmo de trabajo permitió el aumento considerable de relatos, leyendas y libros propios. No reparaba en ello, pero estaba ganando una buena fortuna. Un dinero que nunca valoraría y que no estaría destinado, como mi vida, a disfrutarlo. Mi persona en el espejo era irreconocible, vestía unas ojeras oscuras como la noche y una mirada perdida difícil de encontrar. Escribía sin cesar durante horas, y cuando notaba que mis ojos cedían ante el cansancio, preparaba más café para combatirlo. Entre el humo de los numerosos cigarros que decoraban el escritorio, desgastaba las teclas que tantas historias me habían otorgado.

Delia y yo casi no nos veíamos. Para cuando yo despertaba por la mañana, ella ya se había marchado al trabajo. La mayoría de los días comía fuera de casa o en la clínica y no volvía hasta la noche, cuando por fin coincidíamos. La echaba de menos y me sentía rodeado de soledad, pero también sabía que, aunque Delia estuviera yo no sería capaz de dejar de escribir y dedicarme en cuerpo y alma a ella. Alimentaba mis solitarios días de la misma forma que había hecho todos los últimos años, escribiendo. A veces no recordaba ni los relatos que había escrito con anterioridad. Hallaba papeles entre más papeles y cuando los leía, parecían historias elaboradas por otro escritor. Me acordaba de las formas, algunos detalles, un lugar o algún que otro personaje, pero en absoluto guardaba el momento en que escribía dicho relato. Empecé a fechar todos los capítulos que escribía, para evitar vacíos en la mente y olvidar lo ya redactado. Sabía que yo no estaba bien, pero parecía ser un detalle externo a mi oficio, y no le atribuía la importancia necesaria. Como aquellas vacaciones que nunca llegaron, me decía a mí mismo que al día siguiente me encontraría mejor y que todo cambiaría.

Delia es de esas personas que parece que el paso del tiempo no hace mella en su físico ni en su actitud. No ha cambiado ni un solo ápice desde aquel primer día que me conquistó. Una noche, después de cenar, arrastraba el peso del cansancio mental en el rostro. Debía de estar

insoportablemente rendida ante mis obsesiones y delirios. Pero ella nunca me confesó tal cosa. No habló durante la cena, y se encaminaba al dormitorio para dormir cuando le pregunté cómo le iba en la consulta y con los pacientes. Mi patético intento por avivar una conversación provocó el asombro en ella. Fríamente y con el tono más distante que se puede escuchar en una persona, me explicó el agotamiento y la carga que soportaba. Ella estaba haciendo todo lo posible por recuperarme y yo parecía que deseaba seguir perdido. Me comparó con otro paciente suyo que estaba tratando, el caso de otro hombre que vivía una ciega obsesión con los libros y con contar historias. Pensé para mis adentros que por lo menos alguien estaba en mí misma situación.

Llegó el día en que Delia no regresó a casa para cenar, ni tampoco para dormir. Yo había preparado con esmero un par de platos para impresionarla y quizás, para intentar enmendar años de desidia. Esa noche no escribí ni una sola palabra, ni tampoco dormí.

Esperé en la misma silla de la cocina frente al elaborado plato intacto toda la noche. No comí, no hablé, no me moví, pero esperé. A la mañana siguiente me encaminé a toda prisa hacia la consulta de Delia para averiguar sobre su paradero. Necesitaba verla y pedirle perdón por haberle hecho malgastar tantos años de su vida y de su juventud, necesitaba decirle que la amaba y que ella era lo más valioso que tenía, que sentía haberle hecho tanto daño durante tanto tiempo. Las palabras nunca salieron de mi boca.

La clínica estaba cerrada. Me senté apoyado en la puerta de entrada con las manos temblorosas y el alma vacía. El camino de vuelta a casa se hizo largo como una vida entera sin agua, y ansiaba encontrar a Delia, mi esposa, esperándome en el salón de nuestra casa. Al llegar encontré la casa más llena de soledad de lo que la había dejado.

Es cuestión de tiempo, pensé. Esperaría en aquel sofá donde tantas noches, después de cenar, nos contábamos el día a día y nos regalábamos nuestra mutua felicidad. Al final entraría por la puerta, me abrazaría como cuando anotaba en sus cuadernos las quimeras que le contaba, y volveríamos a ser uno.

Pasó ese y muchos días sin la presencia de mi mujer. Desde que desapareció no me había atrevido a sentarme en el escritorio y ponerme a hacer lo que la vida, por fortuna y desgracia, me había enseñado a hacer. Todos los días regresaba a la puerta de la clínica para encontrarme con Delia, pero nunca estaba abierta. La esperaba en el dormitorio, salón y cocina, en todas las partes de la casa. Rondaba nuestra calle con la esperanza de que un día, o una noche, asomaría su silueta al otro lado y volvería sonriendo a mí.

Mi dieta seguía basándose en muy poca comida, mucho café y tabaco. Mi rostro pálido y esquelético asomaba de vez en cuando por el baño, mirándome en el espejo durante varios minutos. No conseguía distinguir si mis ojeras eran más negras que mi mirada o mi alma.

Recibí la llamada de los periódicos, alarmados por no saber nuevas noticias de mí y no tener nuevas historias que publicar. Quizás escribir me ayudaría a encontrar a Delia o a perderme aún más y dejar de sufrir. Cuando pulsé las teclas y se forjó la primera letra en el papel, el sonido de estas me pareció comparable al de una bala. En cuestión de minutos ya había escrito cuatro párrafos. Seguiría escribiendo porque la necesidad así me lo exigía, lo haría porque lo hago inconscientemente y porque no le encontraba más sentido a la vida que ese. Volví a escribir con la misma obsesión que antes, ocupando toda la mañana, tarde y noche con apenas descansos.

A veces sentía la presencia de Delia cerca de mí, arrojándome un haz de luz y esperanza, la podía ver a través de la ventana del dormitorio. En alguna ocasión me pareció ver la silueta de su cuerpo dormido en nuestra cama, o restos de comida acabados en la cocina que yo no había jado. De vez en cuando notaba sus manos deslizándose por mis hombros y espalda mientras escribía incesantemente. Podía oler su aroma y escuchar sus pasos por la casa.

Delia había desaparecido y, tristemente, ya lo tenía asumido. Me había abandonado. Hace dos noches salí del dormitorio para tomar el aire fuera de la casa y despejarme de tantas horas escribiendo. Quedé horrorizado al ver el rastro de sangre por el pasillo que llegaba hasta la puerta de entrada. Con el corazón a mil por hora y las manos temblorosas abrí la puerta para encontrarme con un vestido azul de mi esposa encharcado de sangre. Todo parecía desmoronarse cada vez más. Salí corriendo en medio de la noche con el vestido en mano, en busca de ella o de algo que me brindase una respuesta, y con suerte, la paz. Grité su nombre desesperadamente y lo repetí sin encontrarla. Clavé mis rodillas en el suelo mientras lloraba desconsoladamente y gritaba sin parar. Acerqué la prenda ensangrentada a mi boca y la besé, como si estuviera besando a Delia. Algunos vecinos salieron a la puerta de sus casas tras oír mis delirantes gritos, y pude ver el terror en sus rostros. Algunos se querían acercar a mí, pero eran detenidos por sus mujeres. Otros se metían en casa y cerraban con llave y pestillo. Los vecinos que no salían a la calle abrían sus ventanas y se asomaban para contemplar aquel espectáculo.

Todos deben pensar que he asesinado a mi propia mujer y que, enloquecido y arrepentido, he salido a la calle con su vestido lleno de sangre y arrastrando un saco de culpa. Ahora era solo cuestión de horas que ocurriese lo peor: el excéntrico detective llamado *Ken Smith*, dotado de profundas habilidades de intuición e innata y particular inteligencia, se presentaría en mi casa para detenerme por homicidio, y resolvería el

enigmático caso.

Escribo esto porque mi mente aún me permite hacerlo, aún soy capaz de recordar quien soy o quien era. Soy un cuerpo sin sentido que vaga por mi propia casa, incapaz de reconocerse en el espejo. Tengo cientos de relatos y demás libros sobre mi escritorio los cuales no recuerdo haberlos escrito. Navego por sus páginas y cada una de sus tramas con la misma incertidumbre que un lector cualquiera. Sé que las fechas de los capítulos me recuerdan cuando los escribí, y parece que todo está bajo mi firma. Cada historia con su narrativa, sus lugares y ambientes, su trama, sus personajes.

El mejor personaje que he creado nunca es *Delia Wendy*. Ella me inspiró desde el principio a continuar escribiendo y es a quien le debo todas mis obras. Me descubrió cuando yo no estaba buscando nada y me acompañó en el camino. A veces creo que ella volverá, cuando esté lista. Puede que nunca lo haga, pero yo siempre estaré esperándola.

Delia y yo no necesitábamos más de lo que teníamos, aunque eso fuese *nada*.